

Familia y escuela: ¿dos contextos con un mismo objetivo?

Las expectativas de los padres y las expectativas de los profesores

Luis Fernando Vilebez Martín
Facultad de Educación, Universidad Complutense de Madrid

Cuando muchas familias se disponen a solicitar plaza para un hijo en el colegio por el que quieren optar, cuando los propios colegios están inmersos estos días en los procesos de admisión de alumnos, tarea no siempre fácil y con frecuencia envuelta en algún tipo de polémica social, vale la pena reflexionar sobre las expectativas de los padres en relación con los colegios a donde envían a sus hijos. Y es interesante también considerar al otro conjunto de agentes educativos, los profesores. También ellos elaboran sus expectativas, renovadas, modificadas o reforzadas cada curso, sobre los nuevos alumnos y sus familias.

En los pensamientos, percepciones, sentimientos, juicios de valor, estereotipos, prejuicios y experiencias humanas juegan un papel importante las expectativas. Estas nacen de ese conjunto cognitivo y emocional y al mismo tiempo influyen en él. Esperamos en función de lo que pensamos y sentimos sobre las realidades que nos afectan, igual que nuestros pensamientos, emociones, experiencias con las personas y las cosas son influidos por las expectativas. Es un movimiento circular en continua retroalimentación.

Así ocurre de manera significativa en las expectativas de los profesores y de los padres. Hay puntos de intersección entre las expectativas de unos y otros, pero también notas discordantes en ocasiones. Desde hace tiempo, en Psicología de la Educación se vienen estudiando las expectativas de los profesores sobre sus alumnos y su influencia en aspectos tan importantes como la motivación y el rendimiento escolar. Según demuestran algunas investigaciones, las expectativas del profesor sobre los alumnos funcionan a modo de profecías autocumplidas. ¿Ocurre lo mismo en la relación de los padres con el colegio de sus hijos y, en concreto, con los profesores?

La cuestión planteada ofrece no pocos matices y perspectivas. Vamos a referirnos sólo a algunos aspectos y para ello tomamos como base la investigación impulsada por FERE-SM sobre la significatividad social de la escuela católica en España, que personalmente coordinamos. De ella se han publicado dos partes, elaborándose en estos momentos una tercera para ser editada en los próximos meses. Es un ensayo amplio y detenido sobre la escuela católica, que ofrece además sugerencias y propuestas de futuro.



1.- Las expectativas de los padres

Cuando los padres envían a su hijo a un colegio, esperan de éste y de los profesores "lo mejor" para él. Si pueden, optan por un colegio determinado porque piensan y esperan que en él va a encontrar su hijo las mejores oportunidades educativas. A la hora de concretar qué es para cada familia "lo mejor", la mayoría de los padres valoran aspectos como la calidad de la enseñanza (=salir bien preparados), el prestigio del centro (=buen nivel), el control del alumnado, la disciplina escolar, la supuesta ausencia de problemas y conflictividad en las aulas, o la atención personalizada.

Hay que resaltar una cuestión que se revela claramente en el citado estudio FERE-SM. De forma consciente o inconsciente, muchos padres esperan del colegio y sus profesores que cumplan tareas que, bien miradas, les corresponden a ellos en primer lugar. El colegio se convierte así en un espacio psicológico y educativo en el que se delegan bastantes de las funciones familiares. La expresión coloquial "envío a mi hijo al colegio para que me lo eduquen", esconde un sentimiento y una posición ante la educación que retrata a muchas familias. Esta es una de las raíces del desentendimiento de la acción educativa, apreciable en buen número de padres, quienes se pasan por el colegio en contadas ocasiones, van a él sólo cuando son llamados, acuden a hablar con los profesores si hay un problema coyuntural, y no acaban de tener tiempo para concertar una entrevista con el tutor en beneficio del hijo y alumno.

Por otro lado, los padres suponen, y en función de ello también efectúan la elección de un centro determinado, que los valores del colegio coinciden con los valores de la familia, que ambas instituciones comparten un universo de valores homogéneo. Pero cabría preguntar por el concepto de valor y el conjunto axiológico que los padres afirman profesar. Cuando en la mencionada investigación les hemos interrogado acerca de esta cuestión, las respuestas que nos devuelven se refieren, más que a valores propiamente dichos, a "beneficios esperables" como los arriba mencionados. Claro está que si preguntamos a los padres por valores como la honradez, la solidaridad o la sinceridad, nos van a decir que están completamente de acuerdo en que hay que educar en ellos a los niños y adolescentes, dando por supuesto que el colegio de sus hijos así lo hace. Pero ahondando en las respuestas, constatamos que su postura es fundamentalmente pragmática, tiene que ver sobre todo con rendimiento y resultados académicos. Ni siquiera para los padres que envían a sus hijos a colegios religiosos, los valores explícitamente cristianos constituyen el principal argumento a la hora de elegir un centro. Éstos quedan en la jerarquía por detrás de otros aspectos,



como calidad de enseñanza, disciplina, prestigio, etc.

La imagen social de un colegio concreto, o de los colegios pertenecientes a una institución, influye también en la elección de centro y en las expectativas de los padres. Es el resultado de factores y atribuciones como las referidas, tiene que ver a veces con experiencias personales anteriores, o de personas cercanas, pero también de elementos intangibles, todo lo cual hace que un centro sea considerado por ejemplo como "buen colegio", o, por el contrario, un colegio de menor nivel, en el que no preparan bien, o en el que hay problemas. Este último aspecto merecería una consideración especial. Se da la situación siguiente, tanto en relación con colegios religiosos concertados como con públicos: Los padres tratan de evitar aquellos colegios, donde la presencia de la diversidad (alumnos con necesidades educativas especiales, inmigrantes, pertenecientes a otras culturas, etc.) es notoria. Se ha establecido un apriorismo implícito, que se establece así: Tales colegios no garantizan un buen nivel educativo y/o además son conflictivos. Claro está, como los padres quieren aquello que entienden como "mejor" para sus hijos, evitan lo que suponen como "bajada automática de nivel" a causa de la diversidad en las aulas.

Se introduce igualmente con frecuencia en las expectativas de los padres una especie de consideración mágica, que vincula de manera directa colegio o acción de los profesores con resultados positivos. Olvidan algo fundamental: Los resultados educativos, muchos de los cuales (tal vez los más importantes) no son fácilmente medibles, pasan necesariamente por la respuesta del educando. Por eso cabría responder a la pregunta "qué espera usted del colegio" con otra pregunta: "qué espera usted de sus hijos". La educación como resultado tiene muchos padres, entre ellos y de manera especial la respuesta del sujeto de la educación, el alumno.

En resumen, en el informe citado, comprobamos que los padres escogen colegio para sus hijos en función de estos factores: Un proyecto educativo, intuitivo, conocido o buscado ex profeso; cómo "funciona" el colegio por referencias; la cercanía a casa, factores administrativos según las normativas vigentes; la presunción de ausencia de problemas y conflictos en el centro; la "fama" de los profesores; las experiencias personales anteriores y de personas conocidas; las posibilidades económicas; y la calidad global supuesta. Si estos son los factores para la elección de colegio, es coherente deducir que en esa misma dirección se establecen las expectativas de las familias, lo que los padres esperan de un centro y sus profesores.

2.- Las expectativas de los profesores



La visión más generalizada que los profesores tienen acerca de los padres actuales, contiene una serie de consideraciones críticas. Los consideran permisivos con tendencia a disculpar a los hijos, faltos de conocimiento profundo de estos, necesitados de más preparación y menos improvisación en sus actuaciones. Estiman que son muy protectores, reforzándose esta actitud por el hecho frecuente de tener un solo hijo, asustados unas veces ante la precocidad de los más pequeños y otras ante las exigencias que plantean los adolescentes. Opinan igualmente que los padres están muy ocupados, constreñidos por el binomio casa-trabajo, con poco tiempo para dedicarlo a los hijos. A su juicio, son éstos los grandes perdedores, debido a unos cambios sociales que han roto esquemas educativos antiguos, como la continua y referente presencia de la madre, mientras no se han generado soluciones adecuadas a las nuevas situaciones sociofamiliares.

A lo largo del Informe FERE-SM, aparece la familia como punto clave en todas las perspectivas desde las que hemos considerado las cuestiones tratadas. Son muchos los profesores que señalan entre las "nuevas pobrezas", a las que los educadores debieran ser sensibles, aquellas que provienen de la desestructuración de muchas familias, de la creciente abundancia de "niños solos", con una soledad medida en horas y, lo que es más grave, en desatención. Este es uno de los boquetes a través del que se cuelan en la escuela roles y funciones que competen a los padres y que subsidiariamente se ven forzados a cumplir los profesores. No es raro que la acumulación de roles lleve a muchos de ellos a tener

que convivir con importantes disonancias personales y ser víctimas del estrés.

Si la visión de los profesores es ésta, las expectativas en relación con los alumnos y sus familias no son sino una consecuencia de todo ello. Por eso asistimos a la proliferación de profesores escépticos, que desearían que las cosas fueran de otra manera, pero que están convencidos de que en determinados casos no pueden "hacer más de lo que hacen", o de que están destinados a "poner parches" en cuestiones profundas que afectan a la educación. Otros profesores, es difícil saber si la mayoría, esperan siempre y de manera singular al comenzar cada curso una situación mejor, unos padres más implicados y colaboradores con el colegio, que siguen de manera continuada la trayectoria académica de sus hijos, que apoyan desde casa las acciones y orientaciones escolares. Pero, en medio de todo, resalta la convicción compartida por la inmensa mayoría del profesorado: la colaboración de las familias es clave. Hay colegios que de manera creativa y esforzada impulsan iniciativas para el encuentro familia-escuela, algunas con éxitos notables, lo que demuestra que ese camino es no sólo deseable sino también posible.



3.- Una invitación a compartir retos, proyectos y respuestas

Esta debiera ser la invitación del colegio a las familias. Colegio y familia son dos contextos educativos distintos, que comparten retos y problemas, cada uno desde su papel y su perspectiva. La primera responsabilidad del colegio no es per se "ocuparse de" las familias, mucho menos "preparar a los padres" para que ejerzan bien como educadores de sus hijos. Pero es evidente que no podemos hacer compartimentos estancos, ya que ambas instituciones se ocupan de un mismo educando, y están obviamente llamadas a entenderse y colaborar. Familia y colegio no pueden discurrir como líneas paralelas que se ven, se conocen, se relacionan, pero no se encuentran de manera efectiva. Una "buena educación" entendida como resultado final es tanto más probable cuanto mayor es la sintonía e implicación de los padres en el devenir colegial de sus hijos.

Una educación acaba siendo realmente de calidad cuando la familia cumple de manera satisfactoria las funciones que le son propias y que nadie puede llevar a cabo en su lugar, cuando el colegio hace otro tanto en relación con las suyas y cuando familia y escuela definen y diseñan un espacio común de acción para programar, ejecutar y evaluar las actuaciones educativas. No se trata de que la escuela sustituya a la familia en sus papeles y funciones, ni de desviar de la escuela hacia la familia los quehaceres propios de las aulas. Se trata de definir un espacio de confluencia en el que se sitúan objetivos educativos compartidos. Para eso hará falta verse, reunirse, conocerse, crear complicidades, sinergias, apoyos mutuos para una tarea compartida. Cuando se actúa así, familia y escuela se interalimentan y refuerzan mutuamente, con un resultado positivo: el crecimiento armónico de la personalidad del sujeto de la educación, el niño, el adolescente. Estas expectativas son a todas luces deseables y deseadas por muchos. ¿Son posibles, caminando más allá de un horizonte utópico? Sólo si todos, padres y profesores, nos lo proponemos y juntos empezamos a recorrer etapas de un largo camino.

Hay que concertar, pues, las acciones de familia y escuela como ámbitos privilegiados para la construcción de la persona de los educandos. La familia equi-



librada es insustituible como ámbito para la configuración de un individuo como ser personal. Uno nace, crece, se desarrolla y camina hacia la meta de su realización en y a través, principalmente, de ámbitos familiares. La escuela constituye ese otro segundo ámbito de la construcción personal. Las dos instituciones deben complementarse y ayudarse en tan ardua tarea.

Familia y escuela son los grandes compañeros de viaje de un niño que se asoma a la vida. Educar es en buena medida acompañar. La raíz de la palabra compañía revela una gran riqueza de significados, remitiéndonos a "compartir el pan". Esta puede ser la más bella metáfora de la educación, la compañía. Educar a un niño, a un adolescente, es acompañarle, compartiendo el pan que alimenta y la palabra que ilumina, atendiendo sensiblemente sus necesidades de manera muy cercana cuando es pequeño y más tarde con ese prudente distanciamiento que requieren los adolescentes, que parecen no necesitamos, pero quieren estar seguros de que estamos ahí.

En la estrategia del acompañamiento educativo pueden y deben coincidir padres y maestros. Acompañar y acompañarse, educar, conversar, dialogar, compartir... Así ponemos nombre, en apretada síntesis final, a estrategias y caminos que los educadores, desde la casa y desde el colegio, están invitados a recorrer juntos. Hay quienes están haciendo reales estas expectativas que muchos, seguramente todos, compartimos. ■

Para saber más

- SM-FERE, *Significatividad social de la escuela católica*, FERE-SM, Madrid, 2002.
- VÍLCHEZ MARTÍN, L.F., *Padres y madres ante el espejo*, San Pablo, Madrid, 2003.
- TORRALBA, F., *¿Es posible otro mundo?. Educar después del once de septiembre*, PPC, Madrid, 2003.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *Educación y educadores*, PPC, Madrid, 2003.